

MANO A MANO

JOAN MANUEL SERRAT



Sin ningún incidente y tras agotar las localidades durante varias actuaciones en el Palacio de la Música, Joan Manuel Serrat actuó en un festival en el Asilo de San Rafael. Las aguas revueltas de meses anteriores parece vuelven a su cauce. Serrat sigue su camino y continúa en la brecha.

—Si volvemos la vista atrás, ¿te arrepientes de algo que promovió, en su día, escándalo?

—No me arrepiento de nada respecto a lo que me está preguntando. Afortunadamente, me he equivocado muchas veces y me equivocaré muchas más; pero en aquello estoy totalmente tranquilo y de acuerdo con mi decisión.

—¿Pensaste en catalán o en artista?

—Pensé en joven que ha vivido y vive en su país y en una situación determinada y que en un momento importante debe adoptar una actitud.

—¿Calculada para efectos posteriores, cuyos resultados recoges ahora?

—Mire usted: si yo hubiera calculado todo, no habría renunciado con diez o quince días de anticipación, sino que me hubiese presentado al Festival cantando en catalán, o bien, al atacar la orquesta, decir que me negaba a cantar. Esto hubiera sido un golpe de efecto y me habría lanzado en toda Europa. Pero esto no me parece honesto y artísticamente no me interesa este tipo de promoción. Al adoptar mi actitud, yo no sabía si luego podría actuar en España, y al mismo tiempo tampoco aproveché una ocasión favorable para darme a conocer a bombo y platillo. Cuanto hice fue de acuerdo conmigo mismo y con los ojos vueltos a mi país y a mi gente.

—¿Eres producto de tu país y de su gente de hoy?

—Yo nací en un barrio de Barcelona y he crecido casi a pedradas. Soy un «chava», uno de la calle, que gracias a un enorme sacrificio por parte de mis padres, y no gracias a nadie más, pude ir al Instituto y más tarde a la Universidad. A partir de aquí imagínese si me siento incluido en la gente de hoy, con la ventaja de ser joven.

—¿Tú arrastras juventud, o es parte de la juventud quien te empuja a ti?

—Esto es recíproco: yo puedo captar la atención y ser más o menos representativo para un sector de gente joven, pero al mismo tiempo es esta juventud la que me empuja y la que me da ganas de trabajar, haciéndome ver que yo me debo a ellos.

de la misma forma que ellos se entregan a mí.

—¿Trastondo político en esta unión?

—¡Ojalá existiera en cada uno de los casos un trastondo político! Creo que la conducta y el trabajo mismo de todo individuo debe tener una trayectoria política lo más clara posible. Todo hombre debe hacer política cada día. Quizá lo que ocurre es que a la palabra política no se le ha lavado la cara y nos la presentan siempre como a una mujer fea, sucia y desgreñada.

—¿No te parece muy bonito, a la vez que fácil, decir todo esto en un joven triunfante como tú?

—A veces, si es muy sencillo hablar; otras, no tanto. Yo trabajo cada día de la forma que creo puedo ser más útil; en estos momentos lo hago componiendo y cantando que, hasta que se demuestre lo contrario, es lo que sé hacer mejor. A partir de aquí, y siempre de acuerdo conmigo mismo, adopto en momentos importantes actitudes claras, y si las cosas me obligaran a dejar la guitarra en casa, creo que sería capaz de hacer lo que hicieran otros que no sabían tocar la guitarra.

—¿Tú, en actitud bélica?

—O a enseñar a leer y escribir.

—Para oírte cantar, no hace falta.

—Es que hay cosas más importantes en un país que un cantante.

—Pero surgen como setas.

—Quizá tantos como futbolistas o como toreros; pero siempre menos que escuelas.

—¿Y por qué de la canción nos hemos ido, joven Serrat, tan lejos?

—Porque cuando se sostiene un diálogo no se puede ceñir a la profesión del individuo, ni a sus éxitos, ni a sus giras.

—¿Lo de que tú seas cantante es un accidente?

—En estos momentos, ya no; es la forma que yo tengo de proyectarme a los demás. Es parte de mi vida y es de lo que yo vivo. Tengo la gran suerte de poder cerrar el ciclo. En un principio no era más que un universitario que, al mismo tiempo que trabajaba en un laboratorio en Jaca, escribía unas canciones que nadie quiso cantar nunca. Un día me decidí a cantarlas yo. Cuando se me presentó la disyuntiva de escoger entre mi trabajo en el Pirineo o convertirme en un profesional de la canción, con todas sus ventajas e inconvenientes, fue cuando dejó de ser un accidente.

—Si tu profesión la identificas con la juventud, ¿qué quiere ésta, tu generación?

—Haga una encuesta, y, si quiere, la empieza conmigo.

—¿Qué más quieres tú, a tus veinticinco años?

—El cantante que soy, y el hombre triunfante, según usted, no me interesa ahora. El joven que soy yo no está de acuerdo con la herencia que nos dejan, cuyas estructuras se hicieron sin contar con nosotros y si- guen creándose, olvidándonos, sin pensar que muchos de nosotros ya son padres de familia.

—Lo que os espera...

DEL ARCO